

Joy Williams

La rastra





Seix Barral Biblioteca Formentor

Joy Williams

La rastra

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *Harrow*

© Joy Williams, 2021

© por la traducción, Javier Calvo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-322-4098-0

Depósito legal: B. 14.060-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

En el vehículo que los transportaba había escrito: *En el Gran Viaje tendremos que llevarnos con nosotros a todas las criaturas de cualquier orden, con o sin nombre.* Era una garantía perfecta que cada vez resultaba más ilegible. Se creían turistas. Llevaban gorros para el sol y vasos de plástico con boquilla. ¡Oh!, exclamaban.

Las rocas eran bonitas bajo cierta luz.

El aire era agradable.

¿No era Sócrates quien dudaba de que una persona fuera un ser humano al nacer? Sí que lo dudaba. Corrían los tiempos en que ser humano era una aspiración.

No querían que nadie les explicara nada; como mucho, que se lo mostraran. Todos creían que los demás eran objetos inanimados, como muñecos. Apreciaban la paradoja de estar juntos en aquello, pero en realidad no.

A lo lejos, algo giraba lentamente en el aire.

El más allá está en *esta* vida, una idea bastante emocionante.

Apenas prestaban atención al vehículo cubierto de dibujos que los transportaba. Era la piel que tenían por fuera. En realidad no lo podían ver. La capa de hielo que cubría el barro también tenía dibujos.

Algo huyó en la sombra que el vehículo proyectaba hacia delante.

Venían de otros lugares y surgieron las inevitables comparaciones y confidencias. Echaban de menos cosas distintas. Creían que volverían a ver aquellas cosas aquí.

¿Dónde están los antílopes con esas máscaras encantadoras...? ¿Dónde están los turbios arroyos?

Nadie había traído bolígrafo ni cámara ni estuche de pinturas.

Yo me había dejado mis pinturas. Apenas podían hacer justicia a esto, pensé.

Sí. Mira las paredes de este cañón.

La primera vez que oí respirar a una cueva, os lo aseguro, tuve miedo. ¿Cómo puede respirar algo así? Inhalando, exhalando. Los hoyos gritan.

Perdonadme, no estábamos hablando de cuevas. Estábamos hablando de cañones.

Cuando mi padre tuvo la hemorragia cerebral ya no pudo hablar pero todavía podía gritar y cantar.

Pasa en el lado izquierdo. Cuando te afecta al izquierdo.

¿Se puede por esta vía? Es jerga de cañonismo.

Cuando dicen: *No sé si se puede por esta vía* quieren decir...

Yo acababa de volver del desierto, del norteamericano, claro, y estaba visitando a mi sobrino, el chaval de mi hermana. Ahora tiene un águila. Es capaz de matar lo que sea para mantener a esa águila.

¿Cómo la consiguió?

Lotería. Ahora la tiene que mantener, que significa darle de comer. Caza toda clase de criaturas para el águila, pero también tiene un contacto en la tienda de comestibles que le da cosas, sobre todo jamón. ¿Habéis visto algo más inerte que el jamón? Os aseguro que yo no. Es raro que un águila quiera comer algo tan inerte.

¿Qué más hiciste en el desierto, Danielle?

Nada más inerte que el jamón. Tiene gracia.

No pensaba que me fuera a gustar el desierto. Una vez estabas allí no tenías más remedio que mirarlo. ¿Qué otra cosa ibas a mirar?

En fin, ahora están poniendo montones de paneles solares. Están pavimentando el suelo del desierto con paneles. Y hay pobres desgraciados cuyo trabajo es atender esos paneles. Son como los pastores de ovejas de antaño, viviendo en esas caravanas pequeñas, pastoreando el sol y el viento. Pero el viento se está muriendo allí, cada vez hay más días al mes sin viento. Es para flipar, ¿no? Es como si el viento estuviera diciendo NO ME DEJARÉ ESCLAVIZAR.

Danielle, hoy estás que te sales.

Creo que el mundo se está muriendo porque ya apenas podíamos ver sus maravillas. Va a seguir ahí, pero cada vez menguará más y más hasta que termine concordando con lo que sentimos por él.

No eres nuestro guía. No deberías hablar como si lo fueras.

Algunos de los guías me caen mejor que otros.

Algunos son más agradables.

Ángeles de la muerte. Son ángeles de la muerte, los más agradables.

Ahora me gustaría volver a los cuartitos. ¿Ya no hay aquellos cuartitos donde podíamos estar?

¡¡¡Oh, pero qué hemos hecho!!!, exclamó alguien.

LIBRO PRIMERO

Porque si en el leño verde hacen
esto, en el seco, ¿qué se hará?

Lucas, 23:31

Mis padres me llamaron Ovejita. Mi madre creía que yo había muerto siendo un bebé pero luego había vuelto a la vida que compartíamos. Durante mi infancia, mi madre siempre intentó y necesitó ponerme en contacto con el lugar donde yo había estado al morir, con lo que yo recordaba de aquel lugar y lo que había aprendido allí. Mi madre creía que yo estaba destinada a vivir cosas extraordinarias.

Mi padre no pensaba que yo hubiera estado muerta. Ni tampoco ninguno de los médicos a los que consultaron.

La noche en que supuestamente morí había un joven vigilándome. La verdad es que él no me hizo ningún daño. Eso fue una simple leyenda que iría creciendo alrededor de nosotros dos, convirtiéndonos en marginados.

Mis padres estaban en un baile, el primer baile del verano.

A mi madre le faltaba buen juicio para muchas cosas. Era la primera en admitirlo. Poco más de

un mes después de que yo naciera tuvo un lío con un chaval que era todavía un adolescente. Era un chaval del pueblo, el que nos traía la compra a casa, y encima católico. Su madre le hacía ir a Saint Margaret's, pero cuando estaba con la mía despotricaba contra las restricciones de la Iglesia. A mi madre le parecía tierno: su impotencia ocasional, sus músculos, su pelo muy muy oscuro, su forma rudimentaria de pensar..., tierno.

Le divertía pedirle que le explicara el Purgatorio.

—Lo han abolido —decía él.

—Menuda ridiculez. No creo que puedan abolirlo, ¿verdad que no?

—Lo han abolido, pero todavía existe.

—Y hay que tenerle miedo pero hay que ir con cuidado de no tener demasiado miedo. No hay que sentirse abrumado. Hay que recordar siempre que la justicia castiga y la piedad perdona, ¿no? —Ella lo miró con cara sombría.

—Correcto.

—Y dime otra vez cuánto tiempo tendría que pasar una persona de fe allí, suponiendo que incluso siendo muy buena persona todavía se las apañara para pecar diez veces al día. Que es una cifra conservadora, lo mires como lo mires.

Un sacerdote le había explicado a la madre del chaval que cada pecado añade una hora de Purgatorio. Por mucho que te esfuerces incansablemente en ser bueno, terminarás acumulando miles de

malas acciones y te reunirás con Dios peligrosamente endeudado, afirmaba el sacerdote, un tradicionalista geriátrico. Al cabo de cincuenta años, digamos, habrás acumulado unas 150.000 malas acciones y te habrás librado de la mitad por medio de la penitencia y los buenos actos, pero todavía te quedarán por pagar 75.000 horas. Que son siete años, diez meses y quince días.

—Yo solo te digo lo que me ha dicho mi madre —le dijo él—. Y ahora me estás tomando el pelo.

—Es que me encantan esos cálculos. Son muy precisos.

—Lo han abolido, pero eso no quiere decir que nos hayan eximido de la necesidad de ir allí.

Sí, a mi madre le parecía tierno. Su cara imberbe y sus manos cuadradas, el contoneo ensayado con que caminaba, sus vaqueros raídos, lo pobre y poco práctica que era su vida. Cuando mi padre y ella asistieron a la primera función de la temporada del club, se las apañó para que el chaval le hiciera de canguro. Le pareció divertido contratar a su inverosímil amante y traerlo al corazón mismo de nuestra casa.

Yo siempre había sido un bebé notablemente sereno y considerado, que casi nunca lloraba y dormía toda la noche, de forma que era muy poco probable que aquel joven perdido fuera a tener ninguna interacción conmigo. Si yo lloraba, el chaval los tenía que llamar al club.

Habían instalado la pista de baile en la are-

na. Era la Noche Mexicana, Noche de Fiesta en la Vieja Nueva Inglaterra. La semana siguiente sería la Noche Argentina de Tango. Se tiraron modestos fuegos artificiales. Un silbido desmañado y una estela ascendente, la luz envuelta por las olas. Barquitas amarradas meciéndose suavemente.

—Hay mexicanos, en Chiapas, me parece, que creen que el mundo es un cubo —dijo el hombre que acabaría siendo el comodoro.

—Quiero el tequila ese que tiene el escorpión dentro de la botella —dijo mi madre, riendo, y la gente que estaba en su mesa también se rio, porque *es un gusano, Martha, es un gusano...*

—Cómo odio mi nombre —dijo ella, riendo.

—En cambio, a tu hija le has puesto un nombre muy interesante —le dijo en tono malicioso su amiga Slim.

—No es su nombre legal, claro —dijo mi padre—. Solo es temporal. Se llama Christen.

—Oh, él y sus malditos barcos —dijo mi madre—. Todo tiene que estar conectado con los barcos. Por lo menos yo he insistido en que sea con K.

—Cojamos un bote de remos —dijo un hombre que estaba a la izquierda de mi madre. Era nuevo, ella no sabía quién era.

—Qué pulsera de amuletos tan bonita —dijo la mujer del banquero. Su marido era agente de préstamos, recién ascendido.

—Debes de estar contento —dijo alguien, felicitándolo.

—Lo estamos —dijo él.

Estaba convencido de que todavía no iba borracho, pero de que si se iba al baño —y se estaba muriendo de ganas— lo estaría. Se conocía a sí mismo.

—Gracias —dijo Martha, tocándose un amuleto—. Este es nuevo. Es el signo del zodiaco de Géminis.

—Pero no has tenido gemelos, Martha, ¿verdad?

—No, no —dijo ella, riendo. Odiaba su propia risa—. Pero es su signo. Nació en mayo. En jueves.

—La astrología puede ser divertida, supongo —dijo la mujer del banquero.

—*¡¡¡Fiesta!!!* —gritó en español un joven. Llevaba pantalones rojos, la corbata de cinturón y una camisa blanca en la que ya se había derramado salsa de frijoles—. ¡Deshaceos de vuestra carga de tiempo y razón!

El chaval de mi madre entró en la cocina y puso un cazo de agua a hervir para cocinar un paquete de pasta que había encontrado en el armario. Siempre tenía hambre, pero no le gustaba que lo vieran comer. Comer le parecía una falta de tacto.

A mi madre le gustaban las velas, tenía la casa llena de ellas. Algunas eran caras, pero había otras que había comprado a modo de broma en el super-

mercado, cuya cera se derramaba en unos vasos altos cubiertos de calcomanías.

San Martín de Porres con la escoba, el gato, el perro y la gente acostada en camas detrás, con pinta de enfermos. O la del Ángel de la Guarda, donde una mujer alada seguía a dos niños descalzos por un puente de madera que salvaba un abismo y que claramente no era seguro; ¿y qué estaban haciendo aquellos niños allí solos, a todo esto? Las plegarias de la parte de detrás del cristal estaban en español y en inglés, y el más somero examen revelaba que eran extremadamente evasivas y absurdas. La mayoría de las velas tenían mechas baratas que ni siquiera se encendían, o bien, si se encendían, la llama se ahogaba enseguida en su propia cera.

Mi madre le estaba tomando el pelo, o hasta burlándose de él, lo tenía claro; de aquella fe suya confusa y amargada, de sus sentimentalismos atroces y sus castigos brutales. Si de él dependiera, le había dicho una vez, sería judío, un zelote de los tiempos del Imperio romano. Los zelotes eran audaces e iban mucho más allá de la conducta tolerada por consenso. Destrozaban cosas. Iban a por Roma y la hacían pedazos. Pero la terminaron cagando cuando quemaron las vituallas de su propia gente durante un largo asedio a Jerusalén, a fin de obligar a Dios a actuar en contra de sus enemigos. Creyeron que Dios no tendría más remedio que intervenir para preservarlos a ellos, sus defen-

sores. Pero Dios no hizo nada y en Jerusalén se murió todo el mundo de hambre.

Pero para ser judío, tu madre tenía que ser judía, y la suya no lo era. Era una exhippy arrugada por el sol y atontada por la marihuana cuya máxima ambición en la vida era que alguien le regalara un viejo Mercedes diésel que pudiera funcionar si le metías en el depósito el aceite de freír que sobraba en el restaurante donde trabajaba. Mamá, le decía él, es un restaurante de temporada, cierra la primera semana de noviembre. ¿Cómo irías en coche después? No estás pensando, mamá.

El chaval se puso a deambular por nuestra casa, encendiendo velas y apagando las luces. Entró en mi habitación y miró las dos fotografías enmarcadas de mi madre que colgaban de la pared. Llevaba biquini, mostraba su panza enorme y la pulsera de amuletos que llevaba siempre, donde relucían los códigos de su vida conocida. Las fotografías eran en blanco y negro, una de frente y la otra tomada desde un costado, lo cual les daba aspecto, a ella y a lo que tenía dentro, de sospechosos en una rueda de reconocimiento policial atípica.

Miró al bebé que estaba en la cuna, a mí, y le devolví la mirada. No se acordaba de mi nombre. Él no era nada para mí, claro —aquella figura, aquella presencia, aquel filamento de oscuridad—, pero el suyo era el mundo que yo heredaría. No dijo nada para saludarme ni para reconfortarme,

sino que se sentó en la silla en la que mi madre me mecía de madrugada, antes de que despuntara el día.

Y entonces sentí que desaparecía su presencia. A continuación también dejé de ser consciente de mí misma. No estaba ni despierta ni dormida, ni tampoco podía saber qué se esperaba de mí, porque seguramente se debía de esperar algo, ¿no?

Mis padres se estaban preparando para marcharse del club. En el trayecto en coche a casa mi madre tuvo frío y le pidió a mi padre que le diera su chaqueta para ponérsela sobre los hombros, pero él se la negó. Ya habían dejado de quererse. Mi padre giró para coger nuestra calle, haciendo caso omiso del hecho de que ella fingía estar helada. La calzada estaba flanqueada de zarzamoras, rosales y zanahorias silvestres. Todos los años, ellos y sus pocos vecinos luchaban por conservar el pavimento, pero los concejales, funcionarios *electos*, tal como no paraba de recordarles mi padre, querían asfaltar encima. Mucho se temía que todo el asunto terminaría en los tribunales. Seguramente tendrían que unirse y contratar a un abogado solo para proteger la falsa naturaleza idílica de la carretera.

—¿Se ha ido la luz? —dijo mi padre.

La casa estaba iluminada como un altar con lo que parecía ser hasta la última vela que mi madre

poseía. Habían llegado a casa antes de hora. Quizá él hubiera invitado a una chica, pensó mi madre, divertida.

Mis padres no encontraban las llaves.

—¿Pero estás borracho o qué?! —le preguntó mi padre en tono imperioso cuando por fin el chaval apareció en la puerta. Había velas parpadeando por todas partes y en el fogón una olla de doscientos dólares quemada y echada a perder. Pero ninguna explicación o disculpa hizo acto de presencia.

La forma en que se manejaban por la vida los hombres y los chavales del club consistía en no disculparse ni dar explicaciones nunca, pero el hecho de que aquella figura adoptara semejante actitud enfureció a mi padre.

—¿Pero estás borracho o qué?! —volvió a preguntarle, desconcertado, consciente de que eran mi madre y él quienes iban medio trompas tras la Noche de Fiesta.

Mi madre me confesaría después que se le había escapado una risilla —su marido iracundo, su amante absurdo, todo era muy ridículo—, pero entonces entró a toda prisa en mi habitación y me cogió en brazos con cuidado.

—¡Thomas! —gritó—. El bebé no respira.

Y por fin, según me contó, al cabo de una eternidad, mi padre apareció y me arrebató de sus brazos. Cuando a continuación ella me arrebató de los suyos, solté el mismo chillido que había soltado

al nacer. Y fue, de acuerdo con mi madre, como si yo estuviera naciendo una vez más.

A mi padre se le había acabado la paciencia con mi madre. En el tiempo que les quedaba, en el tiempo que siguieron juntos, ella ya no dejó de querer otro bebé; uno extra, debía de pensar, un sustituto en caso de que me volviera a morir y no regresara.

—Lion —le suplicaba mi madre—. Lo podemos llamar Lion si es chico. Y lo podemos llamar Lion si es niña.

Pero mi padre no le hizo caso. Cada vez pasaba menos tiempo en nuestra agradable casa y más en el varadero donde trabajaba de encargado. Incluso empezó a diseñar sus propias embarcaciones, aunque sospechaba que en el futuro habría poca gente que seguiría navegando por placer. Las vías navegables se encontraban cada vez en peor estado. La demanda era de barcos-vivienda colosales con chimeneas y jacuzzis. A mi padre lo asqueaban aquellos barcos y la gente que los ansiaba. Aun así, los seguía reaparejando y reparando. Cada vez más se daba cuenta de que era mejor no intentar convencer a nadie, era mejor no llenarse de rencor ni oponer resistencia. Ya estaba dispuesto a renunciar incluso a la carretera que le había encantado hasta hacía tan poco, aquella montaña rusa de arena que llevaba a nuestra casa y más allá, y que él había

intentado preservar con tanto ahínco. Pronto ya no viviría allí.

Se desvanecieron la belleza ansiosa de mi madre, sus provocaciones temerarias. Cada vez estaba más convencida de que yo había muerto aquella noche y había presenciado misterios implacables y preocupantes, y de que era esencial que los recordara. Yo había experimentado un trastorno enorme, y mi vida, o lo que fuera que me había sido devuelto, tenía que ser sometida a una interpretación minuciosa y decisiva. El hecho de que yo fuera una niña tímida pero confiada y pensativa, con pocos dones aparentes, hacía que mi presencia resultara todavía más adecuadamente intrigante a ojos de mi madre. ¿Porque acaso no había muchas historias de sirvientes u otras personas igualmente humildes y carentes de carisma que resultaban ser individuos iluminados y capaces de liberar a los demás de sus vidas sin vida y hacerles firmar un contrato nuevo con el mundo?

Durante mi infancia, mi madre me llevó a muchos médicos, todos los cuales afirmaban que yo estaba perfectamente de salud. Una y otra vez le dijeron que se equivocaba, que si yo hubiera dejado de respirar tanto tiempo como ella decía, habrían surgido toda clase de problemas neurológicos. Y no habían surgido. En plena crisis de pánico, el tiempo la había engañado, siendo como era una madre primeriza y sin experiencia. Lo más seguro era que yo no hubiera dejado de respirar en ningún momento.